

Hacia una dietética intelectual

J. A. MARTÍN-PEREDA

Siempre me ha rondado la duda acerca de la utilidad real de todo lo que se publica, científico o técnico, a nivel mundial. Una de las curvas más conocidas entre los analistas de estos temas es la que da el incremento de conocimiento básico, en una determinada área, en función del tiempo. Parte de cero, crece fuertemente durante un cierto intervalo y luego, a partir de un determinado momento, comienza a aproximarse hacia una línea horizontal que implicaría un crecimiento casi nulo. El segmento de ciencia o de tecnología considerado habría allí alcanzado el estado que podría denominarse de "objetivos finales prácticamente alcanzados". Pero curiosamente y al mismo tiempo que ocurre lo anterior, el conjunto de páginas que se va publicando en dicha área crece en razón inversa al decremento de nuevas ideas que se van generando. Cuantos menos conceptos originales aparecen, más literatura es impresa. Cuanto más trillado está un tema, más profesionales surgen trabajando en él. Cuando casi todo lo fundamental está ya descubierto, más contribuciones se desarrollan. Desconozco si se ha hecho ya un estudio como este que voy a proponer, pero algo muy elemental que se me ocurre, para corroborar lo anterior, sería el de simplemente "pesar", de manera física, la revistas publicadas en cualquiera de los campos de la física, por ejemplo, entre 1900 y 1930, y entre 1960 y 1990. Y, al mismo tiempo, mediante alguno de los múltiples parámetros posibles, realizar un "pesaje" equivalente de las ideas originales y básicas contenidas en esos mismos periodos. El resultado sería, con toda seguridad, bastante ilustrativo.

Cada vez hay más personas integradas en los sistemas ciencia-tecnología de todos los países y, como es lógico, todos quieren ver sus nombres reflejados en esas publicaciones que siempre han idolatrado. Eso forma parte del ego que todo científico o tecnólogo debe de tener, si de hecho lo es, y es uno de los estímulos más poderosos que le mueven. En consonancia con ello, las revistas técnicas, dada la cantidad de material que llega, disminuyen cada vez más sus periodos de publicación. Si hace cinco años la mayor parte eran mensuales, ahora, en algunos casos, son ya semanales. Me aterra pensar que llegue un momento en que sean diarias, igual que lo son los periódicos que aparecen en los quioscos.

La pregunta fundamental que habría que hacer ante lo anterior, sería: ¿cuántos de esos artículos que se publican, en las revistas más serias y prestigiosas, son leídos a fondo por más de medio centenar de personas en todo el mundo? ¿Cuántos hay, incluso, que sean leídos por alguien, aparte de sus propios autores y sus amigos más cercanos? ¿Cuántos de esos artículos tienen algún valor pasado medio año, suponiendo que lo tuvieran cuando se publicaron?

La famosa política, fomentada desde las más renombradas instituciones americanas, de *pública o muere*, ha conducido a todo lo anterior. Todo aquel que no sea capaz de publicar un cierto número de artículos, en un determinado intervalo de tiempo, sabe que su carrera científica está acabada. Y así vemos dar vueltas a una misma idea, mil y una veces, y de ella extraer todas las consecuencias posibles, valgan o no valgan para algo. Vemos circular conceptos ambiguos, asentados por primera vez por alguien con un mayor o menor renombre, sin que nadie los cuestione. Vemos medir un mismo parámetro de diez mil formas, pero apenas vemos a nadie que plantee la posibilidad de medir otra cosa por completo ajena. Vemos, en fin, que todo es como dar vueltas en torno a la misma noria y que, sólo de tarde en tarde, salen gotas de agua.

Es cierto que únicamente de la búsqueda incesante, alrededor muchas veces de cosas aparentemente sin valor, surgen resultados inesperados y básicos. Es cierto también que, de alguna manera, hay que medir lo que los científicos hacen. Y una de las escasas formas posibles de hacerlo es en función de lo que son capaces de publicar en revistas donde, al menos, se haga la conocida revisión por pares. Eso constituye una garantía de calidad o de que, al menos, lo que se va a publicar tiene unos ligeros toques de "algo no hecho antes". Pero ¿hasta qué punto merece la pena publicar todo lo que actualmente se publica?

La superabundancia de información, lo he dicho otras veces, y más cuando apenas aporta ideas nuevas, es tan nociva o más que la carencia de ella. La situación presente me recuerda mucho a la situación actual del sistema alimenticio de nuestra sociedad. Cada vez es más abundante la "comida rápida", la *fast food* en la terminología anglosajona. De gran parte de ella nos han aparecido males tan divulgados como el exceso de colesterol. ¿No nos estará ocurriendo algo parecido con todo lo que hoy se publica? ¿No estaremos llenando de colesterol intelectual la ciencia y la tecnología que circula por los canales de intercambio de información? ¿No sería necesario, al igual que se hace en alimentación, recomendar el consumo de algún tipo de fibra, para que cause análogos efectos que en el cuerpo humano?

Y si en las revistas ocurre lo anterior, algo todavía mucho más podría decirse del número de congresos, conferencias, simposios, reuniones de trabajo. Encuentros y demás tipos de reuniones de carácter científico o técnico que se desarrollan a lo largo y a lo ancho del planeta. Dejando aparte que, en muchos casos, el lugar elegido posee más atractivos turísticos que los que proporciona la propia reunión, ¿cuántas son las que, de verdad, constituyen *pie-dras angulares* para conocer el

estado de un determinado sector? Si un investigador quisiera participar en todas las que, en su campo, seguramente muy específico, se celebran a lo largo de un año, sería imposible para él permanecer más de quince días seguidos en su lugar de trabajo. Existen conferencias en las que, para lograr completar un número adecuado de participantes, se aceptan prácticamente todas las ponencias que se presentan. Y eso, no cabe duda, dice muy poco de la verdadera importancia que la misma puede tener. Como es lógico, en cada especialidad, hay tres, cuatro, quizá no más de cinco, que poseen esa verdadera importancia que se desearía en una conferencia de calidad. Pero el resto, ¿qué son? ¿Reuniones de amigos, excusas para visitar determinados lugares, formas de confeccionarse un currículo relleno con una pluralidad de ponencias? ¿Cuántas son —de verdad— merecedoras de existir?

Estoy seguro de que la multiplicidad de opiniones es buena y que de la pluralidad enfrentada de ideas, más o menos conocidas, puede surgir una original. ¿Pero quién es capaz de analizar todo lo que se publica o se expone en público? ¿De qué manera se podría separar la mena de la ganga? ¿Cómo se podría analizar lo que es de verdad *algo nuevo* y separarlo de lo que es la enésima versión de un mismo tema o el vigésimo enfoque de una misma idea? Hay casos, bastante conocidos, de algunos premios Nobel que consiguieron dicho premio casi con la publicación de un único artículo de no más de tres páginas. ¿De qué valen, en cambio, a muchos otros, repartidos por todo el mundo, haber publicado centenares de trabajos?

Se dice que una imagen vale más que cien palabras. Se podría decir aquí que una idea original vale más que cien artículos. Analicemos, pues, las ideas y no el peso de lo publicado. Sin que esto quiera decir, como es obvio, que el que tenga cien ideas deje, en razón de lo anterior, de publicar cien artículos. Pero no dejemos que el *colesterol* a que aludía antes impida ver la libre circulación de ideas oxigenadas por las venas de nuestro sistema de ciencia y tecnología. Y al mismo tiempo, y a pesar de todo, como decía E. J. Phelps, no tengamos miedo a equivocarnos porque "el hombre que no comete errores, normalmente es que no hace nada". Publicar sí, pero no sólo por publicar. Queda hacer un pequeño comentario respecto a nuestro país, dado que todo lo anterior se refería al entorno general de los países industrializados. En España sigue siendo necesario publicar mucho más; incluso, forzar a que todos los que hacen algo, lo publiquen. Y añadiría: dado que somos un pueblo capaz de generar ideas, explotemos esa capacidad.